

PLIEGO

Vida Nueva
2.996. 9-15
DE JULIO DE 2016

Místicos, poetas y otros

JOAQUÍN CIERVIDE, SJ





Asegura el autor de estas páginas que “poesía y mística son las dos alas gracias a las cuales el contemplativo vuela”, defendiendo la idea de que la poesía es una espléndida ayuda para quien busca a Dios. Lo que aquí nos propone no es un tratado riguroso de ascética y mística. Tampoco una lección de poética. Él lo plantea como el relato del itinerario de dos compañeros de viaje –llámemosles *el místico y el poeta*– en el que se van ayudando el uno al otro por los senderos que guían hacia Dios.

INTRODUCCIÓN

La larga peregrinación que voy a contar empezó a partir de una duda sembrada por un conocido. Para mí, siempre había sido evidente que la poesía es una ayuda espléndida para quien busca a Dios. A esa persona le había escrito con algo de pomosidad: “Poesía y mística son las dos alas gracias a las cuales el contemplativo vuela”. Y había encontrado dos citas que me inspiraban:

- Si bien no todos los poetas son místicos, todos los místicos son poetas¹.
- El alma del poeta se orienta hacia el misterio. Solo el poeta sabe mirar lo que está lejos dentro del alma en turbio y mago sol envuelto².

¿Por qué? Porque la poesía va preñada de misterio, misterio que se aproxima al Misterio por excelencia que es Dios. La poesía es evocadora y, con su poder, nos abre a la maravilla. “Ciertas palabras son como esas caracolas en las que se puede oír el sonido del infinito océano”³.

Mi amigo me había dado a leer un trabajo suyo sobre Ernesto Cardenal donde explicaba que ese

poeta nicaragüense había entrado en la Trapa porque sentía que Dios le pedía todo y, por lo tanto, él debía renunciar a todo. Bajo la dirección de Thomas Merton, y a causa de ciertos problemas de salud, dejó la vida de monje ya en el noviciado. Mi amigo citaba a Cardenal, que decía que la vocación trapense es “anti-literaria”. Le escribí mostrando mi extrañeza y diciendo lo de las dos alas. Él contestó afirmando con claridad y contundencia: la búsqueda de Dios pide una renuncia total, poesía incluida.

La cosa me mosqueó, y ese fue el comienzo del largo camino que pasó a describir. Mi narración no es, ni mucho menos, un tratado riguroso de ascética y mística. Tampoco una lección de poética. Lo planteo como el relato del itinerario de dos compañeros de viaje –llámemosles *el místico y el poeta*– en el que se van ayudando el uno al otro por los senderos que guían hacia Dios. El místico es un inquieto buscador de Dios. El poeta es el que esto escribe. No es poeta, ni mucho menos. Se las da de erudito y le gusta nombrar a autores y versos, con razón o sin ella. Y, puesto que el movimiento se demuestra andando, pretende probar poéticamente y no a fuerza

de silogismos que la poesía, lejos de ser obstáculo, es camino hacia Dios. *Quod erat demonstrandum*.

DIOS Y EL MAR

Empecemos en el siglo XVIII y en Europa. Ese mal llamado Siglo de las Luces fue protagonizado por los ilustrados que querían barrer el misticismo en nombre de la modernidad. Para ellos, la religión es algo primitivo e infantil. Gracias a la ciencia, la humanidad ha entrado en la edad adulta y no necesita de Dios.

La reacción contra esos filósofos no tardó en llegar. Es el gran movimiento cultural que fue el romanticismo. “¡Esos filósofos no entienden!”, exclamaban los románticos. ¿Cómo se puede vivir sin Dios? ¡Qué soledad y qué aburrimiento!

A “la diosa razón” los románticos oponían el sentimiento. El romántico vive intensamente los sentimientos innatos de insatisfacción y desasosiego, él estima que le falta algo fundamental, y es por esa vía que toma conciencia de su necesidad de Dios, su tendencia al infinito. Así, se siente atraído por lo religioso y lo misterioso: la luz de la luna, las ruinas, el cementerio, la adoración, la postración...

Uno de los paladines románticos fue el teólogo alemán Friedrich Schleiermacher, quien definió que lo esencial del hombre es “la dependencia absoluta”. En la cumbre de una montaña, bajo un cielo estrellado, el hombre se siente pequeño y catapultado, lanzado hacia el infinito. Todo lo que nos rodea es relativo y lo relativo orienta al hombre hacia lo absoluto.

De la inmensidad al infinito, de lo relativo al absoluto y de la prosa a la poesía. En los románticos, la palabra se hace canto. Goethe, Víctor Hugo, Bécquer... Los románticos son, ante todo, poetas.

Y la inmensidad más inspiradora para esos poetas es el mar. Así Espronceda:

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad;
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar⁴.*

En torno al mar estamos en pleno en la poesía y el misticismo,

como lo dice tan bien el italiano Leopardi en el endecasílabo que clausura su poema *El Infinito*: *E naufragar m'é dulce in questo mare.*

Antonio Machado ha proseguido esa temática del romanticismo. Todavía de luto por la muerte de su joven esposa, Leonor, Machado escribe:

Señor, ya me arrancaste
lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío,
mi corazón clamar
Tu voluntad se hizo,
Señor, contra la mía
Señor ya estamos solos,
mi corazón y el mar⁵.

Pero Machado es un post-romántico y, después de pensárselo, se desdice:

Dios no es el mar, está en el mar,
riela como luna en el agua
o aparece como una blanca vela.
En el mar se despierta, o se adormece⁶.

Dios no es el mar. El mar nos lleva a Dios... a veces, cuando Él no está dormido. Y aun cuando se despierta

y entonces el mar nos impulsa a dar el salto de la fe, esa fe no basta. Lo más de lo más es el amor:

*Que el puro río
de caridad que fluye eternamente
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!*⁷

No es Antonio Machado el único poeta del siglo XX que ha considerado el mar como camino hacia Dios, para luego darse cuenta de que no, de que el mar no llega. José Bergamín expresa su perplejidad en *No te entiendo, Señor, cuando te miro*:

*O el mar o tú me engañan al mirarte
entre dos soledades a la espera
de un mar de sed, que es
sed de mar perdido.
¿Me engañas tú o el mar,
al contemplarte
ancla celeste en tierra marinera,
mortal memoria ante inmortal olvido?*⁸

Y Luis Rosales se gira contra un mar mentiroso. Aunque parezcan

"aguas empapadas de cielo", el mar nos engaña: "¡Nunca en el mar!". Porque "el mar quiebra su línea para no espejar el cielo".⁹

Creyó que el mar era el cielo (...)
¡Se equivocaba!¹⁰

¿Es el mar símbolo, tema poético que nos lleva a Dios? Sí y no. Sí, pero no. Sí, de salida. El mar nos ha puesto en movimiento, ha despertado un deseo de Dios que busca su expresión. Pero parece que no en la llegada. ¿Hemos llegado a término? El mar mueve, pero la persona movida no alcanza. Falta el amor.

DIOS Y EL ETERNO FEMENINO

Hablemos, por lo tanto, de amor. El enamoramiento del hombre, eso que ocurre en el corazón de un joven y que ha sido cantado hasta la saciedad por multitud de poetas ("¡Poesía eres tú!"), el enamoramiento –digo– es algo más adecuado para guiar a la persona hacia el amor de los amores, el Dios que es amor.

Goethe lo ha expresado con justeza. La mujer es portadora de misterio. Quien se enamora de ella pasa por una verdadera transformación: se siente fascinado, fortalecido, apasionado, mejorado... Y hay más en ella. Hay lo que Goethe denomina "el eterno femenino", que él define diciendo: "El eterno femenino nos impulsa a lo alto". Al enamorado, ella lo orienta hacia Dios. Como lo canta Bécquer:

Hoy la he visto
Hoy la he visto y me ha mirado
¡Hoy creo en Dios!¹¹

O el romántico colombiano Rafael Pombo:

*Déjame oírlo, enamorada mía
al través de tu ardiente corazón.
Solo el amor transporta
a nuestro mundo
las notas de la música de Dios*¹².

No fue Goethe el primero en ahondar en esta cuestión. En la *Divina Comedia* es Beatriz la que guía a Dante hacia el cielo. Y Petrarca, el poeta tan influyente en



MÍSTICOS, POETAS Y OTROS

el Renacimiento europeo, debió su inspiración a su amor por **Laura**. En este caso, se trata de lo que se ha dado en llamar “amor platónico”, no desemboca en el amor conyugal ni en la procreación. **Platón** magnificaba el espíritu y menospreciaba el cuerpo. El amor platónico parece, por lo tanto, ser un amor menos –digámoslo– material y más desligado para motivar al místico en su búsqueda de Dios, ya que hace abstracción del cuerpo.

Hasta cierto punto. **Teilhard de Chardin**, jesuita y en consecuencia célibe, fue un gran científico, teólogo, místico y poeta. Y un adepto del valor teóforo del Eterno Femenino: “No he realizado nada grande en la vida que no haya sido hecho bajo la mirada de una mujer”.

Teilhard teorizó sobre la problemática del Eterno Femenino dando el nombre de “tercera vía” a lo que él quiso vivir. La primera vía era el camino normal del matrimonio y la paternidad, la segunda el celibato puro y duro vivido con una distancia prudencial de toda relación femenina y la tercera no rehuir las relaciones femeninas y, si el enamoramiento se produce, vivirlo al nivel del corazón pero seguir fiel al celibato por la exclusión de las relaciones sexuales. Un amor solo platónico.

Sabemos que Teilhard caminó por esa tercera vía con dos mujeres. Primero, con una prima lejana, **Margarita Teilhard Chambon**, que cayó en una depresión nerviosa. Y, años después, con una americana divorciada, **Lucile Swan**, que se exasperaba porque Teilhard rehuía lo que a ella le parecía más natural: la vida conyugal. “Porque tu amigo, Lucile –le escribía el jesuita– pertenece a Algo Otro, no puede ser tuyo... únicamente para ser momentáneamente feliz contigo”.

Salta a los ojos que la tercera vía de Teilhard no puede ser un camino querido por Dios. ¡Pobres Margarita y Lucile! No me puedo quitar de la cabeza que Teilhard fue un apuesto jesuita que pasó su vida rompiendo corazones sin conciencia del dolor que causaba.

Ya no solo es el mar. También en el Eterno Femenino algo falla para ser un trampolín válido para la andadura mística. Hay místicos para quienes el Amor a Dios –con mayúscula– exige que se



renuncie al amor con minúscula. Así es como lo escribe la religiosa contemplativa **Cristina de Arteaga**:

*Nadie sospechará lo que he sufrido
¡Tú lo sabes, Señor!
Nunca quieras echar en el olvido
que todo el drama de mi vida ha sido
la lucha del amor contra el Amor¹³.*

DEL DESIERTO A LA PERIFERIA

Se ve que no es fácil el intento de llegar a Dios poéticamente. Hemos explorado dos caminos que prometían, pero que han resultado “calles-sal-si-puedes”, senderos que no llegan. Mi compañero –el místico– se queda insatisfecho.

*Y todos cuantos vagan
de Ti me van mil gracias refiriendo
y todos más me llagan
y déjanme muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo¹⁴.*

Es el tartamudeo (qué, qué, qué...) de la creación; la naturaleza no da para más, solo balbucea.

Hay una tercera aproximación, y esta sí que tiene que ser la certera. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). El místico que desea avanzar decididamente hacia Dios no puede progresar por otro camino que el recorrido por Jesús.

Y Jesús, al inicio de su misión, se fue al desierto.

*¡Ay!, ¿quién podrá sanarme? Acaba de entregarte ya de veras; no quieras enviarle de hoy más mensajero
que no saben decirme lo que quiero¹⁵.*

En el desierto no hay mensajeros que nos hablen de Dios. El desierto es despojo y vacío, soledad y silencio. Allí, el místico descubre la sed, sed de un gozo interior, diferente del que se percibe por los sentidos:

*El que de amor adolece
del Divino Ser tocado
tiene el gusto tan trocado
que a los gustos desfallece;
como el que con calentura
fastidia el manjar que ve,
y apetece un no sé qué
que se halla por ventura¹⁶.*

Eso –la sed diferente–, por una parte. Por otra, el desierto es un lugar de prueba¹⁷, de tentación y de aprendizaje a buscar más allá. Nos avisa el desierto: “No busques a Dios ni en las flores, ni en el mar, ni en las estrellas, ni en el monte, ni en el eterno femenino. Son todos sugestivos, pero son también mentirosos. Para encontrar de verdad a Dios, empieza aquí, en el desierto, renunciando a todas esas bellezas que son efímeras, a pesar de las apariencias”.

Pero Jesús no se quedó en el desierto. Se fue a buscar la compañía humana.

*Ya no es su sitio el desierto
ni en la montaña se esconde.
Di a quien pregunta dónde
que Dios le espera en la plaza,
donde sufre nuestra raza,
donde su amor les responde¹⁸.*

El teólogo **Jon Sobrino** dice que los religiosos estamos llamados a pasar

del desierto a la periferia y, de allí, a las fronteras. Es el caso de Jesús, guiado por el Espíritu. El mismo Espíritu que guió Jesús al desierto, le lleva a Nazaret para anunciar la Buena Nueva a los pobres de la periferia social (Lc 4, 1.14)¹⁹.

*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar²⁰.*

El ansia de Dios ha de orientarse globalmente hacia el amor y la comunión con los seres humanos.

*A fuerza de amor humano
me abrasa el amor divino.
La santidad es camino
que pasa por el hermano²¹.*

UN CAMINO DE FE Y DE ESPÍRITU

Sí, pero no perdamos de vista que el místico es, ante todo, místico; que su hambre es hambre de Dios aunque se le esté invitando a saciarla en el comercio humano. Aunque no haya mejor atajo que el “paso por el hermano”, estamos ahora en una atmósfera de lo que se llama sobrenatural: el protagonismo y la iniciativa las toma Dios mismo, o sea, el Padre (o Abbá) por medio de su Espíritu, y lo que le toca al hombre es hacerse discípulo teniendo fe en Dios y en las palabras de Jesús.

*Creyendo en lo contemplado
a fuerza de pura fe,
fue el Santo Espíritu el que
formó al Discípulo Amado²².*

“Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá” (Mt 7, 7). Se busca por medio del recogimiento, se halla por el de la contemplación; y al que llama rezando con fe, el Espíritu Santo le abre la puerta.

VÍA CRUCIS

Sigamos persiguiendo el camino trazado por Jesús. En su caso, fue un camino de abajarse, humillarse, anonadarse, y así ha de ser en nuestro caso también, aunque por motivos bien diferentes. Él se vacía de su divinidad para hacerse primero uno de nosotros, y luego se vacía aún más para solidarizarse con los pobres, con los pecadores y –finalmente,

en la cruz– con los extranjeros (los que eran llamados entonces “condenados gentiles” o paganos). A todos, por medio de su rebajarse, Él quiere levantarlos, ensalzarlos, o –como se dice– salvarlos. En nuestro caso, hemos de vaciarnos no de divinidad, sino de nuestro ego, de nuestro egoísmo, para hacerle sitio a Dios que nos ensalza y nos salva.

*De aquí vino
que, con grande desatino,
del amor de la bajeza
hoy apoca su grandeza
por mostrarnos el camino
de la humildad y pobreza²³.
Es así, Dios andado como quiero tenerte
panderito de harina para
el recién nacido (...)
Es así, forma breve de rumor inefable,
Dios en mantillas,
Cristo diminuto y eterno,
repetido mil veces, muerto, resucitado²⁴.*

(Hablándole a Jesús)

*Divinidad que tan pequeña y suave
se hace niña en tu carne redentora,
en lo infinito ni siquiera cabe.
En Ti la eternidad tiene su aurora
en Ti nada se halla que se acabe
Oh alba de Dios, que
entre la paja llora²⁵.*

Por nuestra parte, el humillarnos y vaciarnos es como morir para abrirse a mejor vida:

*La clave está en vivir la paradoja
de hallar vida en la muerte
comprendiendo
que lo puro, lo simple, lo divino
la abnegación lo engendra a fuego lento
La plenitud del ser surge en pobreza,
desapropiado nace el hombre nuevo.*

*Cuando uno ve que ya no puede nada,
su Dios le invita al vuelo.
La vía es lucha, adiós, desgarro, muda
mas, si todo lo acepto,
es salida de mí hacia lo alto
hacia el Amor que llama desde el cielo²⁶.*

Por una parte y por otra, la imagen que mejor evoca ese anonadarse por amor es cuando Jesús lava los pies a los apóstoles y les pide que ellos también hagan lo mismo.



MÍSTICOS, POETAS Y OTROS

Era Dios en persona y murió como un hombre se levantó de nuevo –que ninguno se asombró– y a uno de sus amigos, Pedro de sobrenombré, le encargó que lavara, que lavara en su nombre²⁷.

LOS POBRES, AMOS DEL REINO DE DIOS Y DETENTORES DE SU BELLEZA

Ya lo hemos dicho: la búsqueda de Dios ha de pasar por un amor fraterno y universal en el que los pobres juegan un papel irremplazable si lo que se pretende es ser feliz.

¿Quién bienaventuranza ser creyera la pobreza si Dios no lo dijera?²⁸

De los pobres es el Reino de los Cielos. Junto con los pobres, Jesús inaugura una nueva sociedad sencilla, respetuosa de todos, en la que se comparte lo que se tiene, donde Dios se siente a gusto y puede organizar las cosas. Y son los pobres, con María a la cabeza, quienes transparentan la belleza de Dios ayudándose unos a otros, y así permitiendo a Dios intervenir milagrosamente:

Camina la Virgen pura de camino a Nazaret con su niñito en los brazos que más bello que el sol es. En la mitad del camino pide el niño de beber.

– No pidas agua, mi vida, no pidas agua, mi bien, que van los ríos muy turbios y no se pueden beber. Un poquito más ‘alante’ hay un verde ‘naranjel’, cargadito de naranjas que más no puede tener. Un ciego le está cuidando un ciego que no ‘pue’ ver.

– Ciego, mi buen cieguerito, si una naranja me ‘dier’ para la sed de este niño un poquito entretener.

– Coja usted, buena Señora, coja usted, buena mujer y en cogiendo para el niño, coja también para usted. La Virgen como era Virgen,

no cogía más que tres, el Niño como era niño, todas las quiere coger; cuantas el niño cogía volvían a florecer.

– Toma, ciego, este pañuelo, limpia los ojos con él. Apenas marchó la Virgen, el ciego comenzó a ver²⁹.

No es de extrañar que, con ciegos como ese entre los pobres, Dios ponga su tienda en medio de ellos y que entre ellos haya que buscarlo:

Sí, que Jesús te lo nombre: un Dios que no tiene templo fuera de los corazones que se muestra a los pequeños y de los grandes se esconde³⁰.

LA DEDICACIÓN A LOS POBRES Y LA LUCHA POR LA JUSTICIA

Dentro de esta perspectiva, para muchos la búsqueda de Dios se hace por la senda del servicio a los necesitados de diversas maneras: visitas a los enfermos, clases en escuelitas, comedores escolares, campos de refugiados... El “a mí me lo hicisteis” de Mateo 25 les da la seguridad de que ha habido encuentro con Dios mismo.

Para algunos, el amor de Dios se hace movilización por su Reino, lucha muy poco amorosa por la justicia de la que los pobres se ven privados:

Con un callo por anillo Monseñor cortaba arroz ¿Monseñor, martillo y hoz? Me llamarán subversivo y yo les diré: “Lo soy. Por mi pueblo en lucha vivo. Con mi pueblo en marcha voy.”

Son versos del obispo Pere Casaldáliga³¹. Y también Pablo Neruda:

Mis deberes caminan con mi canto. Soy y no soy: ese es mi destino. No soy si no acompaña los dolores de los que sufren, son dolores míos. Porque no puedo ser sin ser de todos de todos los callados y oprimidos, vengo del pueblo y canto para el pueblo. Me dicen: perteneces a la sombra. Tal vez, tal vez, pero a la luz camino. Soy el hombre del pan y del pecado y no me encontrarán entre los libros

sino con las mujeres y los hombres. Ellos me han enseñado el infinito³².

SÍ, PERO... ¿NO HABRÁ OTRA COSA?

Lo dicho hasta ahora es verdad, una verdad absolutamente verdadera, puesto que viene de Dios. Es el camino. Pero ¡qué angosto es!

El leproso deformado y maloliente ¿es detentador de la belleza de Dios? El carterista que anda ojeando mis bolsillos con mala intención, ¿es un buen compañero de camino?

No se puede dudar de que Dios está presente en todos ellos, pero en forma de misterio. Ese Dios que se ha identificado con los pobres, se ha empequeñecido, se ha vaciado de su gloria, está presente bajo una forma contraria a lo que es. Está desfigurado. Allí donde reina la injusticia, la penuria y la enfermedad, Dios brilla por su ausencia por muy presente que esté. Y el místico servidor, paradójicamente, va a sentir a Dios como “la presencia de una ausencia”. Es como un vértigo, Dios está y le falta. El servicio a los pobres, por una parte, causa hondo consuelo, pero, por otra, aumenta el ansia de Dios.

Mi amigo el místico no se queda totalmente satisfecho. Tanto desvivirse, tanto trabajo, tanta lucha, ¿no habrá en el amor a Dios un poco de ternura, de intimidad, de dulce cariño?

Descubre tu presencia
Y mátenme tu vista y hermosura
Mira que la dolencia
De amor que no se cura
Sino con la presencia y la figura³³.

Por decirlo de alguna manera, la búsqueda de Dios tal como la hemos intentado describir conlleva mucha presencia y poca figura, da mucha satisfacción pero también mucho cansancio; en cierto modo, adelanta la muerte y retrasa la resurrección. El buscador de Dios siente ganas de dar descanso a las armas, alejarse de la plaza. Con el agobio del servicio y el esfuerzo de la lucha, el místico se pregunta si no hay una forma menos costosa de amar a Dios: amarlo a solas.

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido

y en soledad la guía
a solas su querido
también en soledad de amor herido³⁴.

Y así es como hay buscadores de Dios que se hacen trapenses, carmelitas, contemplativos; así es como tantos cristianos activos ansían unos días de retiro, o de ejercicios, o de desconectar. Y así es como María, en contraste con su hermana, la afanosa Marta, eligió “la mejor parte, sentada a los pies de Jesús, escuchando su palabra” (Lc 10, 40).

La mejor parte, de acuerdo, pero ella tiene también sus peligros. Si el peligro de la acción es el activismo, habría que llamar *contemplativismo* al peligro de la contemplación. Que no sueñe el contemplativo que va a vivir perpetuamente en las delicias del divino amor. La figura de la que hemos hablado es un poco como el ángel de los antiguos belenes: una figura que aparece y desaparece:

Estás aquí. Te siento. Y bien quisiera tenerte siempre al lado, como ahora. Pero a veces te busco y no hay aurora que alumbe tu existir. Te quedas fuera³⁵.

Anoche soñé que oía
a Dios, gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta!³⁶

Y el contemplativo no debe olvidar que tiene una responsabilidad con respecto a los que no lo somos. Cuidado con el aviso que les da Casaldáliga:

¿Por dónde iréis hacia el cielo
si por la tierra ni vais?
¿Para quién vais al Carmelo,
si subís y no bajáis?³⁷

Intentemos precisar en dónde estamos en nuestro itinerario hacia Dios: el servicio a los pobres y la oración contemplativa han demostrado ser mejores que los símbolos (el mar, etc.) ya considerados, pero pueden ser imperfectos o unilaterales. En cierto modo, necesitan completarse el uno al otro. Eso sí, vamos bien, vamos bien, aunque no se pueda decir que hayamos llegado.

CONCLUSIÓN “DESDE ESTA LADERA”

Tras un amoroso lance
Y no de esperanza faltó
Volé tan alto, tan alto
Que le di a la caza alcance³⁸.

En nuestra penosa subida por el monte, ahora pasamos a la escalada. Intentemos acompañar

al místico un poco más alto en su ascensión. El sigue buscando a Dios cada vez más allá y más allá...

Por muy extraño que parezca, a esas alturas, se busca a Dios “a la luz de la noche”:

De noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente,
solo la sed nos alumbra³⁹.

A medida que sube, al poeta se le va haciendo más difícil expresar lo que el místico vive:

¿Cuándo escribiré este canto
que dentro del alma llevo?
¡Siempre brotando en el alma
y siempre se queda dentro!⁴⁰

Pocos poetas habrán podido seguirle a esas alturas. Llega un momento en que lo mejor es “romper sus versos”. No quedan palabras.

Aquí tenéis en canto y alma al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle, entonces
comprendió y rompió todos sus versos⁴¹.

El crítico literario que más ha estudiado a Juan de la Cruz, Dámaso Alonso, añadió prudentemente a su comentario: *Desde esta ladera*.

Una vez más, es Juan de la Cruz el que mejor expresa la imposibilidad de poner en palabras lo que el místico vive. Y lo hace yuxtaponiendo conceptos contrarios –es “el saber sin saber”, “la tenebrosa luz”–:

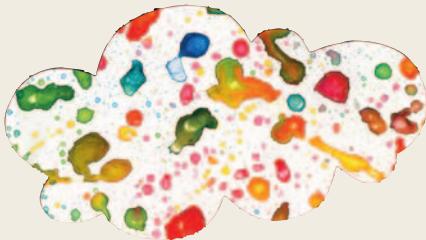
Cuanto más alto se sube,
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía.
Por eso quien la sabía
quedó siempre no sabiendo,
toda ciencia transcendiendo⁴².

Al poeta no le queda más remedio que quedarse atrás. El místico, por su parte, prosigue el camino.

Lo que se oye decir de lo que ocurre allá arriba es que si es la boda mística, que si es un amor que mata o que si es los dos a la vez, una boda mortal y una muerte nupcial...

¡Muerte amiga, muerte amiga!
Ya no me importa que vengas
que si me robas la vida





yo te robaré la eterna
y el amor no me lo robas,
el amor tú me lo sellas...⁴³.

En el Cántico Espiritual, Juan de la Cruz consagra varias liras al momento exelso en el que esposo y esposa consuman la unión. Pero, curiosamente, la cosa parece resolverse en un juego de espejos:

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que veían.

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que el alborada!
¡Oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el amado;
cesó todo, y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora⁴⁴.

Mar, Eterno Femenino, desierto y periferia, servicio, lucha y liberación, contemplación, inefabilidad. Es verdad que la búsqueda de Dios es una ascensión acompañada por la poesía, casi hasta lo más alto. Pero allá arriba reina el silencio o –quién sabe– la música de los ángeles.

Creo que hay muy pocos místicos en el sentido más técnico de la palabra, y muchas veces me pregunto por qué. Pero también es verdad que hay muy pocos poetas en el sentido más fuerte de la palabra. Ya me ha tocado tratar con uno de ellos que miraba con desprecio a los versificadores.

Gracias a Dios, no hace falta ser místico-místico para vivir una buena relación con Dios, como no hace falta ser poeta-poeta para escribir versos aunque sean malos. Ya lo dice el refrán: “De místico, poeta y loco, todos tenemos un poco”⁴⁵. ●

Bibliografía

1. Tirso Arellano, *A Dios por la poesía*, Hechos y Dichos, Zaragoza, 1954, en el Prefacio.
2. Antonio Machado, *Antología poética*, Galerías, LXI, Introducción (p. 56), Salvat, Barcelona, 1969
3. Karl Rahner, “Priest and Poet”, *Theological Investigations*, vol. 3, pp. 294-295.
4. José de Espronceda, *Canción del pirata*.
5. Antonio Machado, *Poesías completas*, Austral/Espasa-Calpe, 1973, p. 133.
6. Antonio Machado, *Poesías completas*, Austral/Espasa Calpe, 1973, p. 165, *Profesión de fe*.
7. Antonio Machado, *Ibidem*, p. 165.
8. José Bergamín, *No te entiendo, Señor, cuando te miro*.
9. Luis Rosales, *Misericordia*.
10. Rafael Alberti, *Se equivocó la paloma*.
11. Gustavo Adolfo Bécquer, *Rimas*.
12. Rafael Pombo, *Noches de diciembre*.
13. Miguel de Santiago, *Antología de poesía mística española*, Verón Editores, Barcelona, 1998, en *Amor contra Amor*, p. 237.
14. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.
15. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.
16. Juan de la Cruz, *Glosa a lo divino*, p. 19.
17. En los dos sentidos de la palabra: el de ‘hacer una prueba, un ensayo’ y el de ‘ponerte a prueba, a ver lo que vales’.
18. José Luis Blanco Vega, ... Y tengo amor a lo visible, Sal Terrae, p. 182 (versos retocados).
19. También en el desierto Moisés acoge la teofanía de la zarza ardiente y es enviado a la periferia del pueblo judío, reducido a esclavitud (Ex 3, 1.10).
20. José Martí, *Versos sencillos*, 1891.
21. José Luis Blanco Vega, op. cit. p. 151.
22. Estos versos salen de mi propia bodega.
23. José de Ancheta, sj, citado por José María Fornelle, *Aproximación a la obra literaria de José de Ancheta*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna, 1986.
24. Federico García Lorca, “Oda al Santísimo Sacramento del altar”, en Ernestina de Champurcín, *Dios en la poesía actual*, BAC, Madrid, 1970, p. 88.
25. Rafael Morales, en Leopoldo de Luis, *Poesía Religiosa. Antología*, Alfaguara, 1969, pp. 213-214.
26. De mi cosecha.
27. Lorenzo Gomis, en *Antología de la poesía española contemporánea*, Salvat, 1970, pp. 170-171.
28. Fray Arcángel de Alarcón, “Sobre las ocho bienaventuranzas predicadas por Cristo en el monte”, en José María Pemán, *Suma poética*, BAC, Madrid, 1948, p. 277.
29. Romance anónimo citado por José María Pemán, *Suma poética*, BAC, Madrid, 1948, p. 270.
30. Servidor de usted, versos no publicados.
31. Pedro Casaldáliga, “Me llamarán subversivo”, en F. Escribano, *Descalç sobre la terra vermella*, Edicions 62, Barcelona, 2001.
32. Pablo Neruda, *Canción de gesta*.
33. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.
34. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.
35. Jacinto López Gorgé, en Leopoldo de Luis, *Poesía Religiosa. Antología*, Alfaguara, 1969, p. 351.
36. Antonio Machado, *Poesías completas*, Austral/Espasa Calpe, 1973, p. 161.
37. Pedro Casaldáliga, “Preguntas para subir y bajar el Monte Carmelo”, en Pedro Casaldáliga y José María Vigil, *Espiritualidad de la Liberación*.
38. Miguel de Santiago, *Antología de poesía mística española*, Verón Editores, Barcelona, 1998, p. 109.
39. Luis Rosales, “De cómo el hombre que se pierde llega siempre a Belén”, en Miguel de Santiago, *Antología de poesía mística española*, Verón Editores, Barcelona, 1998, p. 283.
40. Ángel Martínez Baigorri, sj.
41. Blas de Otero, *A la inmensa mayoría*.
42. Juan de la Cruz, “Coplas sobre un éxtasis de harta contemplación”, en Miguel de Santiago, *Antología de poesía mística española*, Verón Editores, Barcelona, 1998, p. 108.
43. Ricardo García Villoslada, sj.
44. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*.
45. Me he permitido retocar el dicho: “De músico, poeta y loco...”.